

# Réplica de Guillermo Valencia a don Lope de Azuero

(Finaliza. Véase el N° 21).

Con menos suerte he salido en mi calidad de traductor, baja misión en tu concepto y que rebaja la condición del poeta, no obstante haber sido labor común a los bardos de todas épocas. Para no hablar sino de nuestra España, omitiendo ingleses, franceses, alemanes e italianos, huélgome en recordarte como traductores de poesía italiana a Arnao, Baráibar, Balbuena, Bartrina, Bello, Blasco, Boscán, Bretón de los Herreros, Cabanyes, Calcaño, Caro, Coronado, Costa y Llovera, Espronceda, Hurtado y de Mendoza, Gallego, Garcilaso, Gómez de Avellaneda, Gómez Restrepo, Góngora, González (el original Fray Diego), Hartzenbuch, el divino Herrera, Iriarte, Jáuregui, Fray Luis de León, Lista, Lope de Vega, López de Mendoza, Meléndez Valdés, Menéndez y Pelayo, Monte Mayor, ambos Moratines, Palacio, Querol, Quevedo, Quintana, Somoxa, Francisco de la Torre, Torres, Valera de la Vega, Zorrilla, etc. Largo sería el catálogo de traductores hispanos, antiguos y modernos, de poesías exóticas. Sin este ejercicio saludable y humilde, cerradas estarían para los mortales que no tengan el dón de lenguas que tú recibiste, los tesoros de extrañas literaturas. Ya vez cómo entre los traductores castellanos de poesía italiana figuran vates gloriosísimos que creyeron neciamente no amenguar su personalidad vertiendo al español y pensaron, cándidos, que enriquecían así el idioma y prestaban a las letras muy valiosos servicios, y si esto debe rectamente pensarse de aquellos próceres que poseían de veras el dulcísimo idioma, qué no he merecido yo, si ignorándolo lastimosamente, he sido osado a la versión, y lo que es más grave todavía, hasta a superar, según afirmas, con mi traducción, una obra maestra del mismísimo hijo de Pescara. Y a propósito: teníamos entendido, antes de tus definiciones, que para traducir se necesita más conocer y dominar la lengua a que se vierte que aquella de que se traduce. Bástanos precisar el sentido del original, mediante el concurso de «audacia y diccionario», cuando no se hallen a mano amigos complacientes, para adueñarnos del tema: el resto es obra del traductor que en el acervo de su propio idioma debe escoger las fórmulas que con más fidelidad y esplendor traduzcan el ajeno pensar. Mas, infortunadamente, tú no piensas así al enseñar que quien no pueda conseguir sillón académico con el manejo de una lengua, no debe

ser aludido siquiera tratándose de sus versiones. Si de treinta millones de franceses, en Francia sólo reciben ese honor cuarenta individuos, entre los varios millares que ennoblecen su patria como literatos, ¿quién, fuera de ti, sería capaz de procurarme el ambicionado asiento académico a mí, poetastro minúsculo y uno de tantos pericos bullangueros de la América tropical? A pesar de que aquella nación perillustre pareció notificarse de mis pésimas versiones de sus bardos, la que tú tanto desdeñas, pues nó a otra cosa pudiera atribuirse mi elección como Miembro Correspondiente en el extranjero de la *Société de Gens de Lettres*. ¡Si serán ironías de los compatriotas de Voltaire! Cuando pienso en tu declaración de mi ignorancia en el idioma de Fenelón y en el de Dante, no puedo menos de darme a lamentar tanto tiempo perdido que me cubre de vergüenza. Cinco mortales años estudié lengua francesa con literatos de ese país; visitélo tres veces; escuché sus profesores, frecuenté sus teatros; durante treinta y cinco años he leído sus sabios, sus literatos, sus periodistas, y al cabo de labor tan larga, y a pesar de la «facilidad de asimilación» que me reconoces, ignoro aquel idioma como cualquier destripaterrones del Poitou. Iniciéme en la lengua de Ariosto sobre las rodillas paternas: (texto, el de César Conto) ha ya cerca de ocho lustros, y ni aun superando a D'Annunzio en la traducción de sus versos he hallado gracia delante de ti. Estas deficiencias lugendas tórnanse insoportables cuando te oigo proclamar que a «fondo sólo sé el castellano». ¡A fondo! ¿Qué pensarían de ti y de mí, en examen de comprobación, el Padre Baltasar Gracián, don Gaspar Melchor de Jovellanos, don Andrés Bello y don Rufino José Cuervo, que sí supieron a fondo la lengua de Castilla? ¡Así son de raras tus complacencias, oh Pontífice!

Todo tu fiero prólogo sobre mis versiones lleva al lector de la mano hasta *Waterloo, Waterloo, Waterloo, maine plaine*.

Víctor Hugo cantó allí una expiación, que me alcanza a mí también por concomitancia de traductor. Esa versión te ha revelado mi «desfallecimiento mental», por lo insignificante, pesada, aburridora y opaca (*traduttore, traditore!*)

Para la Crusca, traducir es «expresar en una lengua lo que se ha escrito o se ha expresado antes en otra»; acepción recta del vocablo. Advuértase,

no obstante, cierta amplitud interpretativa al respecto. El doctísimo Capmany en su poco conocido *Arte de traducir el idioma francés al castellano*, escribió: «En cualquier arte, el original se ha de mostrar en la copia, y en el de traducir, ésta debe siempre ser fiel al sentido, y si es posible, a la letra del autor. Los autores tienen sus buenas y malas cualidades, y éstas, como su carácter, deben conservarse en todas lenguas... Muchos prefieren la traducción libre, y tienen razón, porque es más fácil desfigurar el original, y aunque menos glorioso, es penosísimo representarle con fidelidad».

Cuando de Hugo se trata, se recuerda la *Oración por todos*, de Bello, considerada como traducción de la de aquél, lo que es inexacto. El trabajo de don Andrés, estimado por esa faz, es al original lo que las *variaciones* musicales al motivo que las inspira. Bello parafraseó, amplificó, imitó, refundió o completó pensamientos de Hugo; seleccionó imágenes, traspuso ideas contenidas en otros cantos del enorme bardo; injertó querellas íntimas y suprimió capítulos enteros, al volver el original. En cambio, don Fidel Cano virtió a nuestro idioma con eximia pulcritud y muy ceñidos pliegues, aquella misma poesía. En la primera está Bello en relieve, con sus excelsas condiciones de estilo; en la otra se transparenta Hugo, en su inspiración huracanada y su magnificencia indiana. Bello hizo con Hugo lo mismo que los poetas latinos, con los griegos, y nuestros clásicos del Siglo de oro, con los bardos latinos; tallarlo como gema a su propio arbitrio, y engastarlo caprichosamente a su gusto. Eso será todo, menos traducir. Así es casi, casi, el modo usual del plagio. Audacia sería negar su condición de obra perfecta a la del gran americano, pero la misma distinción y pureza que allí resplandecen, alejan grandemente la copia, del original. Bello es la pulcritud, la proporción, el equilibrio. Hugo, la inspiración desenfrenada, gigantesca y sin medida.

Cuando se vierte a Heredia o a D'Annunzio, cuyos versos prolijamente labrados son verdaderas joyas, el mismo pulimento, la exigencia aristocrática del vocabulario original ayudan al traductor. Con Víctor Hugo ocurre a la inversa. Entre el autor de *La leyenda de los Siglos* y el de *Trofeos* media diferencia análoga a la que se advertiría entre la Fuente de Neptuno del jardín versallesco y el descomunal Amazonas. Como el gran río, la poesía de Hugo arrastra de todo: oro, flores monstruosas, delicadas orquídeas, troncos informes, lianas, cadáveres, hojarascas y no poco cieno. Filtrarlo es imposible, por tratarse de un mar. Aquella poesía como las mangas del Diluvio,